



AGRICULTURA Y MUNDO RURAL. LOS DESPLAZAMIENTOS DE LOS TEMAS RURALES Y SUS FUENTES EN LOS ÚLTIMOS 20 AÑOS

José Bengoa*

Quisiera enfocar este breve texto a la descripción y el análisis de los cinco grandes desplazamientos que, a mi entender, han ocurrido en las cuestiones referidas a la agricultura y el mundo rural en los últimos 20 años. Me atrevería a afirmar que, como en pocos ámbitos del conocimiento social, los temas referidos a estas áreas han sido desplazados muy profundamente en América Latina. Tanto es así que la lectura de textos que fueron de la mayor trascendencia en los años sesenta, hoy en día no lo son más, con la excepción de aquellos asuntos que son de interés para el análisis de la historia de las ideas.

Los cinco desplazamientos a que nos referimos son los siguientes: en primer lugar se ha pasado de un sistema agrícola dominado por las haciendas a un sistema en que las empresas agrícolas, en general ligadas a la agroindustria y la exportación, son dominantes. La cuestión de la hacienda ha quedado como un asunto histórico. En segundo lugar, las discusiones acerca de si el sector rural latinoamericano estaba dominado por el campesinado o por una suerte de proletariado, o subproletariado, discusión que dominó los temas rurales durante largas décadas, enmarcada en el feudalismo o capitalismo agrario, se ha desplazado hacia el tema de la “desaparición” o “muerte” del campesinado, esto es, hacia la disminución cada vez más evidente de la población rural. La agricultura de los años anteriores a la década del setenta estaba dominada por el problema de la servidumbre, la explotación servil del indígena, la existencia del trabajo subordinado. El tercer desplazamiento consiste en el predominio del trabajo temporal en la agricultura y la indefensión de miles de trabajadores que van y vienen por temporada a las faenas agrícolas. Así la mirada que hace 30 años veía en el mundo rural de América Latina campesinos, poco a poco se encontró con dife-

* Profesor e investigador del Centro de Estudios Sociales, Sur.

renciaciones profundas. El cuarto desplazamiento fue observar que había campesinos indígenas y campesinos no indígenas. Los primeros fueron adquiriendo cada vez más su carácter indígena como eje de su identidad y el de campesinos como adjetivo, casi circunstancial en algunos casos, de su adscripción étnica. Se trasladaron entonces las temáticas de la producción parcelaria a la identidad etnocultural. Y ligada a lo anterior está la quinta transformación de las miradas, *last but not least*, un quinto desplazamiento, que ha sido observar donde anteriormente sólo se veía a campesinos en general, campesinos hombres y campesinas mujeres. La aparición de las mujeres en el mundo, rural como sujeto específico de observación y acción colectiva, ha cambiado el texto de los estudios de la agricultura latinoamericana.

Los desplazamientos de la temática agraria y rural obedecen posiblemente a dos motivos diferentes: por una parte, a los cambios materiales ocurridos en la agricultura y el mundo rural latinoamericano en las tres últimas décadas y, por otra, a los nuevos enfoques, especialmente a la introducción de la dimensión étnica y de género que ha permitido, en ciertos casos, observar “otro campo u otra agricultura” en el mismo lugar en que, anteriormente, se habían analizado esas situaciones sin considerar tales dimensiones. Como todo conocimiento, el referido a la agricultura y el mundo rural, se desarrolla entre los cambios que ocurren en las sociedades específicas y los que se dan en la manera de miradas. Pero lo interesante es que esos cambios en las percepciones y miradas van repercutiendo también en las sociedades rurales mismas: ha sido el caso de la cuestión étnica y la cuestión de la mujer. ¿Es que anteriormente no había indígenas ni mujeres en el campo?, ¿o es que la aparición de la temática étnica y de género condujo a modificaciones de la realidad tal y como la vemos hoy día en las sociedades rurales latinoamericanas? No es fácil responder a estas preguntas. No me atrevería a mostrar ninguna causalidad en los procesos, pero sí a decir que ha habido concomitantemente cambios tanto en las sociedades rurales, como en los estudios de las sociedades rurales, en la visión que de ellas se ha tenido.

LOS DESPLAZAMIENTOS DE LAS FUENTES. UNA MIRADA RETROSPECTIVA

Los desplazamientos de las temáticas han conducido también a un desplazamiento de las fuentes. En los últimos 30 años, en los estudios sobre la agricultura y el mundo rural latinoamericano han cambiado profundamente las fuentes en que se fundamentan, o se han “revisado” las viejas fuentes con nuevas visiones al leerlas de nuevo. En eso consiste quizá la eterna frescura de las buenas fuentes, de los clásicos, de los documentos nutritivos que pueden ser leídos, observados una y otra vez, generación tras generación, con nuevos y renovados ojos. Pero hemos asistido también, en los últimos 20 años en América Latina, a un cambio en el tipo de fuentes que se privilegian para el

estudio de la agricultura. A estos cambios queremos dedicar los próximos párrafos.

Criollismo e indigenismo

Los estudios agrarios de los años cincuenta y sesenta estuvieron marcados, todos o la gran mayoría, por el “ímpetu del cambio”, pues el concepto de “desarrollo rural” contaminó todos los estudios del área, ya que los “científicos” investigaban la agricultura con el explícito objetivo de cambiarla.

Se había agotado el criollismo y el indigenismo impresionista y romántico, todas las literaturas que veían en el campo un espacio dulce, natural y explotado por las fuerzas desatadas de la naturaleza y de los hombres. Los criollistas latinoamericanos pintaron desde la década de los treinta, un falso mundo agrario cargado de añoranzas y nostalgias. Ellos habían tenido que emigrar del campo a la ciudad y, desde su “exilio urbano”, miraban con marcadas tintas nostálgicas la vida rural. Unos, los de derecha, la pintaban con edulcorados colores y los otros, los sedientos de justicia social, la criticaban duramente. En este último espacio se encontraban los indigenistas, literatos o ensayistas en su mayoría, que hacían del indio un personaje ficticio, irreal, inexistente, cargado de virtudes y dolores: la quintaesencia del sufrimiento americano.

¿Cuáles eran las fuentes del criollismo y del indigenismo literario? Como es bien sabido sus autores no poseían fuentes documentadas, críticas, adecuadamente fundamentadas. Eran por lo general, las impresiones de la vida que habían vivido cuando niños en las haciendas de sus padres. Rosario Castellanos, una de las últimas representantes del indigenismo literario militante, relata, describe y analiza, a partir de una experiencia de vida en la hacienda chiapaneca de su padre. Toda su obra es una especie de arreglo de cuentas consigo misma, con su padre, con su condición de niña no indígena viviendo en un mundo profusa y extensamente indígena, como el que se puede comprobar dramáticamente hoy en día. Ciro Alegría escribe la grandiosa obra, *El mundo es ancho y ajeno*, desde su exilio en Chile, mirando hacia el norte, su tierra, su altiplano cajamarquino, lugar de sus experiencias infantiles y juveniles. José María Arguedas es quizá, como lo señala en su reciente libro Mario Vargas Llosa,¹ uno de los primeros (y pocos) escritores indigenistas que realiza investigación antropológica para la elaboración de sus obras, combinándola con sus experiencias personales infantiles y las que le tocó vivir en su azarosa vida. Tenía la extraña ventaja en un escritor indigenista de ser bilingüe, quechua-castellano, lo que le dio un campo mucho más amplio de posibilidades en la consulta de fuentes primarias.

¹ Mario Vargas Llosa, *La utopía arcaica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

La mirada criollista e indigenista se agotará por su incapacidad de proponer caminos alternativos de solución, procesos de cambio, rupturas de la situación denunciada. Con la excepción quizá de Arguedas, que es un indigenista fuera de tiempo (postindigenista podría decirse), se percibe en los criollistas e indigenistas un truncamiento de la realidad, una mistificación basada en la compasión. Su mirada ocultaba la condición de productores de los campesinos, su mundo cultural vivo, su participación en las luchas políticas, en fin, se los describía inmersos en una marginalidad explotada susceptible solamente del ejercicio de la piedad. Las generaciones de sociólogos y científicos sociales profesionales, formadas en las universidades en los años cincuenta y comienzos de los sesenta, criticarán su mirada como poco seria, desprofesionalizada y sobre todo, ineficazmente ingenua.

Desarrollismo y cambio social

La reacción de fines de los cincuenta y sobre todo de los sesenta, será contra ese tipo de fuentes imprecisas, impresionistas, sin rigor documental. Es por esta reacción, a nuestro entender, que se privilegiarán los datos cuantitativos para el análisis de la agricultura y los temas rurales. Coincide esta apreciación, a lo menos en historia, con la repercusión en América Latina de la "historia económica" francesa de la escuela de los Annales, que trataba de encontrar la *historia profunda*, los datos de "larga duración" (Braudel). La economía como disciplina y la historia económica van a desplazar entonces en buena medida, a la antropología ensayística, al derecho y a las ciencias sociales de él derivadas y a la literatura que había dominado el campo de los estudios o descripciones rurales y agrarias de los años anteriores. Este desplazamiento se observa, por ejemplo, en el libro, clave a nuestro entender, compilado por Carlos Delgado, *Reformas agrarias en América Latina*,² que reúne los mejores estudios e investigaciones realizadas en años anteriores, y que será el libro de cabecera de todos los que trabajarán en las reformas agrarias de los países latinoamericanos en los años siguientes. Si se observan los principales textos de consulta de esos años, se podrá ver también la predominancia de la economía como ciencia social de análisis de la agricultura y, por tanto, de los datos económicos como fuentes principales y en muchos casos únicas, para su conocimiento. Uno de los libros de cabecera sobre agricultura en los años sesenta será el *Tratado de economía agrícola*, de Edmundo Flores.³ Las tesis sobre el carácter social de la agricultura estuvieron también dominadas por intelectua-

² Carlos Delgado, *Reformas agrarias en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

³ Edmundo Flores, *Tratado de economía agrícola*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

les de origen economista como Celso Furtado, Andrés Gunder Frank, T. W. Schultz,⁴ Thomas Carrol y muchos otros.

El tema que proliferaba de manera total, era la idea de que la estructura agraria no permite el desarrollo de los países latinoamericanos. Es una visión hoy llamada estructuralista porque ve, en las estructuras básicas del campo latinoamericano, la causa del estancamiento económico generalizado y de su falta de desarrollo o modernización.

Con esa perspectiva en ristre, los estudiosos de la agricultura y del campo de los años sesenta se dirigen a mirar la estructura tradicional de la agricultura latinoamericana, con el explícito objetivo de cambiarla. Las fuentes son datos precisos: estadísticas que muestran la concentración de la tierra en pocas manos, en el latifundio, datos empíricos numerables que permitan la “planificación del desarrollo rural”, cifras de población rural, descripciones demográficas que muestran que la población rural se encuentra retrasada frente a las poblaciones urbanas, etcétera.

Las fuentes cambian según se ven. Los sociólogos, economistas y científicos sociales de los sesenta no usan el aparato intelectual impresionista de los años anteriores. Valcárcel desde el Cuzco escribe *Tempestad en los Andes* con base en puras conjeturas, la mayor parte de ellas de enorme trascendencia para el futuro del mundo andino. No incorporó datos empíricos a sus análisis porque no le eran necesarios y estaban fuera de su alcance e interés. Años después, los estudios que el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA), dependiente de la Unión Panamericana, llevará a cabo en cada uno de los países, llenarán de datos estructurales las páginas de los libros sobre el mundo rural. Nada hablarán de los indígenas andinos y de sus aspiraciones de volver al Tawantinsuyo, como lo percibiera el viejo maestro cuzqueño antes citado. Los quechuas y aymarás, así como muchos otros grupos, serán subsumidos en las estadísticas campesinas. Los indígenas serán “campesinizados” en los años sesenta por las miradas empiristas de los científicos sociales desarrollistas. Ellos mismos, los indígenas, y allí volvemos a encontrar la paradoja de la relación estudios-fuentes-realidad social, se verán a sí mismos como campesinos. Dejarán sus etnicidades colgadas en la puerta de adentro de sus casas y saldrán a la vida pública como campesinos que luchan por los cambios estructurales y las reformas agrarias. Sus organizaciones se denominarán Central Campesina del Perú, de Bolivia, de Guatemala, de México, poniéndose a tono con los tiempos que corrían.

⁴ Celso Furtado, Andrés Gunder Frank y T. W. Schultz, *Transforming traditional agricultures*, Yale University, New Haven, 1964.

Reforma Agraria

La mirada de la Reforma Agraria, lo hemos dicho, estuvo presidida por la voluntad de cambio, por la cuestión del desarrollo. Este punto de vista “epistemológico” determinó los estudios rurales de esos años. Son muy pocos los trabajos de entonces que se desentienden de esos parámetros prácticos y que indagan categorías más complejas y propias de los sujetos rurales.

Esta voluntad de cambio es de origen ciudadano y estatal. Desarrollar la agricultura significó colocar al sector rural en el sentido de las modernizaciones urbanas. Las reformas agrarias de los años sesenta fueron totalmente urbanas. No son, a diferencia de las guerras y revoluciones del siglo XIX y comienzos del XX (con excepción de la de Bolivia que es de los cincuenta), movimientos de protesta y cambio que hayan surgido en las profundidades de las provincias rurales. Son movimientos que surgieron por necesidades generales de la economía y del desarrollo de los países. Más aún, en muchos países surgieron externamente, como consecuencia de las presiones de la Alianza para el Progreso. Los ruralistas urbanos, desde las Universidades y los servicios públicos de las ciudades capitales, cuando no desde Washington y las capitales europeas, estudiaron, planificaron y ejecutaron el desarrollo rural, para “romper las barreras” que “ataban” el campo a la vida tradicional, a las estructuras que impedían el cambio en la economía y en la sociedad. Vistos hoy, fueron en su mayoría estudios interesados y sus fuentes, por tanto, extremadamente parciales porque el punto de vista de todos esos estudios es esencialmente urbano.

Desde la ciudad se ve el campo estancado, deprimido y deprimente, y a los campesinos sufriendo bajo el imperio del latifundio, cada vez con menos tierras y participando poco o nada en la economía del país. Solón Barraclough, de influencia indiscutida en toda América Latina, lo demuestra con claridad meridiana al decir:

Salvo algunas excepciones, la situación agraria en América Latina se ha tornado más crítica después de 1961, cuando se inició la Alianza para el Progreso. El número de trabajadores sin tierra y minifundistas ha aumentado casi en todos los países. Más o menos las tres cuartas partes de la tierra agrícola cultivable continúa controlada por los latifundios. La producción agrícola sigue la tendencia de las décadas pasadas aumentando sólo al mismo ritmo de la población, mientras las importaciones de alimentos son cada vez mayores. Por otra parte, la distribución de los ingresos no ha sufrido modificaciones sustanciales y la mayoría de los campesinos tiene todavía escasa participación en la vida económica, política y social. En algunos casos, aún menos participación que antes. Los diversos programas de Reforma Agraria iniciados bajo los auspicios de la Alianza, han defraudado las esperanzas de sus protagonistas.⁵

⁵ Solón Barraclough, *Notas sobre la tenencia de la tierra en América Latina*, ICIRA, Santiago, 1968, p. 5.

Envidiamos hoy día la capacidad de un diagnóstico tan certero y en tan pocas líneas. La actual falta de paradigmas no permite definir con seriedad en dos líneas las tendencias centrales de la agricultura latinoamericana. Yo no me atrevería siquiera a iniciar una tal tarea.

La realidad, sin embargo, fue arisca. No se dejó aprisionar en un diagnóstico tan cerrado. Las reformas siguieron diversos derroteros, pero en general tuvieron efectos prácticos devastadores sobre la estructura agraria y la vida rural. No cabe duda que en la mayor parte de los países latinoamericanos, esas miedosas reformas agrarias se constituyeron en el inicio de los procesos de cambio en la agricultura. Se dividieron los latifundios transformándolos en casi todos los países en empresas agrícolas. En muchos de ellos, más de los que se cree, se entregaron tierras a los campesinos creándose una nueva capa de productores que han corrido las más diversas suertes. Se constituyeron, en muchos, en cooperativas, asociaciones de productores y empresas colectivas, que se han disuelto en casi todos los casos, produciendo un cambio enorme en las áreas agrícolas.

Quizá uno de los aspectos menos estudiados del periodo ha sido la apertura de las tierras de colonización. En casi todos los países con fronteras amazónicas se abrieron espacios de colonización, mismos que fueron promovidos por los gobiernos como una forma de alivianar la presión sobre la tierra en las áreas más densamente pobladas, las llamadas “tierras altas” o “tierra fría”. Campesinos y diversos estratos de aventureros se internaron al “son del machete”⁶ en las selvas de la vertiente oriental de los Andes o en Brasil y Venezuela por los ríos de esa enorme cuenca. Los resultados de esa aventura nadie los pensó ni soñó: hoy día es el espacio de mayor producción de riqueza del mundo, esto es, de estupefacientes, y ha determinado en buena medida lo que es la América Latina a finales del siglo XX. Es un “efecto no deseado”, ni planificado, de las políticas de reasentamiento de población rural en los años sesenta.

Campesinistas y descampesinistas

Las reformas agrarias y los planes de desarrollo rural fueron terminando poco a poco en medio de una frustración generalizada. Acabaron por cierto con los gobiernos que les habían dado origen. En el camino habían quedado miles y miles de campesinos, algunos con tierras, muchos otros con las ganas de haberlas obtenido. Los intelectuales trataron de comprender los hechos ocurridos. La década de los ochenta está dominada por la discusión entre “campesinistas y descampesinistas o proletaristas”. La revista *Estudios Rurales Latinoamericanos*, publicada por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales en Bogotá,

⁶ Alfredo Molado, *Siguiendo el corte. Relatos de guerras y tierras*, pról. Orlando Fals Borda, El Áncora Editores, Bogotá, 1989.

Colombia, y de la que Humberto Rojas fue su mentor y entusiasta editor, copa la discusión durante el periodo. Todo está allí: el debate entre quienes pensaban que el campesinado latinoamericano era la estructura para la estabilización del continente y quienes veían un proceso inevitable de destrucción de las unidades campesinas y que, a la corta o a la larga, se proletarizaría la fuerza de trabajo rural, migraría a las ciudades y se empobrecería cada vez más.

La presentación al número 1 de la revista *Estudios Rurales Latinoamericanos*, reza de la siguiente manera:

La transformación de los procesos productivos que ha experimentado América Latina en su conjunto durante las últimas décadas, ha dislocado las antiguas relaciones sociales induciendo una permanente visión de crisis en donde antes la tradición era identificada con el sentido común... El desarrollo de las ciencias sociales en América Latina ha formado parte de este derrotero. La búsqueda de la transformación de la sociedad ha ido dando tumbos con el ensayo y fracaso de métodos y teorías. Ha sido un penoso pero quizá rápido proceso de maduración. La investigación social está tratando de llegar al meollo de lo concreto y se está logrando profundizar en el conocimiento de lo específico sin descuidar la visión de la totalidad.⁷

Brillante la percepción de crisis y de necesidad de “ir a lo concreto y específico” agregan, aún sin abandonar la “visión de globalidad”, que es resabio de los sesenta y parcialmente de los setenta. En los ochenta se fue abandonando esa visión global en forma absoluta y, en los noventa, en pleno período de globalizaciones, todos los estudios son acerca de las particularidades más fragmentarias posibles de “lo concreto”. En esa revista se publicaron en los diez años siguientes muchos estudios en que se fue sofisticando el aparataje teórico y se ingresó crecientemente en el “análisis concreto de situaciones específicas”. A finales de la década y de la revista, el tema se había agotado de tal suerte que no existían púgiles que combatieran desde el lado campesinista o descampesinista. El cansancio había reventado el debate y amistado a unos y otros, sin vencedores ni vencidos. Ni Chayanov ni Lenin, como escribiera David Lehman, resultaron triunfantes.⁸ Chayanov fue siendo olvidado por las nuevas generaciones de campesinistas y Lenin cayó con el peso de los ladrillos del muro de Berlín. La realidad los criticó más fuertemente que los críticos de las revistas. Sólo en los últimos años, fines de los noventa, algunos viejos campesinistas irredentos hemos vuelto a mirar las ideas del ruso de la escuela de la agricultura moderna, muerto en algún lugar del Gulag, y vuelto a buscar la utilidad de sus curvas y análisis empíricos, para observar lo que queda de campesinado subsistente y resistente en rincones de nuestros países latinoamericanos. Fragmentos reticentes a la modernización, unos y otros, estudiosos y estudiados.

⁷ *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 1, núm. 1, enero-abril, 1978, presentación.

⁸ David Lehman, “Ni Chayanov ni Lenin: notas sobre la teoría de la economía campesina” en *ibid.*, vol. 2, núm. 4, 1979.

Modernización y fragmentación

Las fuentes fueron cambiando y en la década de los noventa, se han vuelto cada vez más sofisticadas y particularistas. Los estudios agrarios de hoy en día temen generalizar, se hunden en el detalle de lo que ocurre en una localidad determinada, se arriesga poca teoría, sólo hipótesis medianas o de “rango medio”, como decía Robert Merton hace muchos años. Quizá porque todos intuimos relativamente lo que pasa en la macrotendencia de los procesos agrarios y no tenemos mucho qué hacer en ello, ni menos en influenciar para que aquello cambie. Sin embargo, todos percibimos también que si bien la macro corriente es conocida, hay una enorme diferenciación en cómo cada sector del mundo rural se cuelga o descuelga de la gran “corriente modernizadora” que, evidentemente, sumerge a nuestros sectores agrarios latinoamericanos.

La investigación de los últimos diez años, a mi modo de ver, no discute la tendencia modernizadora, sino que trata de comprender cómo los diferentes casos locales se reubican en o frente a esa modernización. Decir que el campo se está modernizando es una generalidad sin mayor sentido ni interés; en cambio, decir que un sector o área campesina se retrae del mercado y se resurge en la subsistencia, como reacción negativa frente a esas modernizaciones, nos parece mucho más de interés (y a la vez inteligente). Las fuentes, por tanto, son diferentes. Allí no sirven ni tienen utilidad las cifras acumuladas, los grandes conglomerados, los Censos Nacionales y sus cifras globales. Necesitamos hoy en día fuentes delicadas, que hablen de las particularidades de los procesos de cambio y modernización. Así es que podemos ver que el campo latinoamericano se desglosa en miles de formas diferentes. En esa diversidad está su riqueza presente y futura, a pesar de todos los que acceden a la modernidad y los que la rechazan, pero que están inmersos en los mismos macroprocesos.

Se han desplazado las fuentes y ya no es suficiente señalar que en tal o cual espacio rural hay campesinos en general, como se podría haber insinuado hace 30 años. Hoy en día las fuentes deben distinguir necesariamente el origen y la identidad étnica de esos campesinos y, al mismo tiempo, deberán decirnos en forma clara y separada lo que en cada caso realizan las campesinas y los campesinos. Los desplazamientos de las poblaciones a trabajar a lugares muy distantes, nos conducirán a la necesidad de buscar fuentes que den cuenta de esas globalidades.

Percibimos hoy en día que los estudios agrarios requieren de una combinación mucho más audaz de elementos son sacados de las ciencias económicas y de elementos extraídos de las ciencias de la sociedad y la cultura. La tendencia actual de los estudios rurales, a mi modo de ver, camina por la huella del encuentro entre economía y cultura. Para realizar estudios de economía agraria y rural es imposible desentenderse de los asuntos culturales. Las formas que adquiere la modernización en el campo está dependiendo de los diversos anclajes culturales de sus habitantes. Por otra parte, realizar estudios sobre la cultura

campesina o rural sin comprender los fenómenos de modernización y globalización, esto es, la esfera económica, no tiene destino. La construcción de fuentes que den un lugar a ambos aspectos de la ecuación es el desafío metodológico central de estos estudios. Se deben construir bases de datos capaces de ser interpelados desde la economía y la cultura, datos “bifrontes”, como aquéllos, por ejemplo, que muestran al mismo tiempo producción/productividad y relaciones de género. Si los datos y las fuentes de obtención de ellos no son capaces de comprender esta multidimensionalidad de la agricultura latinoamericana actual y de su sociedad rural, no servirán para entender los nuevos procesos frente a los que se está situado.

LOS CINCO DESPLAZAMIENTOS DE LA CUESTIÓN AGRARIA

En los últimos 30 años, la cuestión agraria se ha desplazado temáticamente, como producto de los cambios que han ocurrido en la agricultura y de la mirada diferente de quienes observan la realidad rural y de los actores que allí operan. Los temas más importantes han evolucionado o se han deslizado desde las viejas preocupaciones a las nuevas, sin que se haya producido una ruptura entre una y otra. Los grandes problemas de la agricultura latinoamericana siguen sin resolución: concentración de la tierra, condiciones de trabajo de los trabajadores rurales, calidad de vida de los campesinos e indígenas. Lo que sigue es una breve revisión de estos deslizamientos.

De la hacienda a la empresa moderna exportadora

Hace treinta años, con excepción de México y Bolivia que habían realizado reformas agrarias en medio de procesos revolucionarios, los países latinoamericanos dormitaban a la sombra del latifundio. Patrones de “horca y cuchillo”, productores de dimensiones enormes, tecnologías tradicionales y obsoletas, mercados internos flojos y corruptos, sistemas de trabajo organizados con base en la servidumbre, en las medierías, en la satrapía y en la explotación medieval. Todo eso cambió en estos 30 años.

Antes de adelantar es preferible precisar el concepto de hacienda, si es que no va a tomárselo meramente como sinónimo de latifundio. De acuerdo con una definición bien conocida de los antropólogos sociales Eric Wolf y Sidney Mintz, hacienda es (las letras son mías): *a) la propiedad rural de un propietario con aspiración de poder; b) explotada mediante trabajo subordinado; c) destinada a un mercado de tamaño reducido; d) con la ayuda de un pequeño capital. Bajo tal sistema los factores de producción no sólo servirían para la acumulación de capital sino también e) para asegurar las ambiciones sociales del propietario.*⁹

⁹ Magnus Mörner, en Enrique Florescano (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1975, p. 15.

Esta definición era reproducida por el profesor sueco Magnus Mörner en 1973, y señalaba con claridad y precisión lo que había sido la estructura de la organización agrícola predominante en América Latina durante siglos. Su libro, *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, que dio cuenta del Simposio de Roma (organizado también por la Conferencia Latinoamericana de Ciencias Sociales (CLACSO), coordinado por el maestro Enrique Florescano) es, quizá, el mejor testimonio de los estudios agrarios de corte histórico durante la segunda mitad de la década de los sesenta. Ese trabajo es una piedra firme para la continuación de los estudios de las haciendas en términos históricos.

La definición anterior es de una calidad mayor: relaciona economía con poder social y político de un modo asombroso. Lo que caracterizaba, podemos decir hoy, a la agricultura de antes de los setenta era esa relación estrecha e indestructible, entre producción y poder, economía y poder local, terratenencia y política.

¿Qué cambió tan fundamentalmente para que esa relación se rompiera en las décadas siguientes? No tenemos aún, creo yo, estudios suficientes que muestren comprensivamente esa ruptura.

Nuestra hipótesis ha sido que fueron más las contras y porreformas agrarias que las reformas agrarias mismas las que cambiaron la situación de la agricultura latinoamericana. En muchos países, áreas o regiones, la reforma agraria fue un asunto débil, marginal. Sin embargo con posterioridad a esos hechos se produjeron dos tipos de procesos, o “contrarreformas agrarias” que condujeron a políticas de desmantelamiento de los sistemas agrarios tradicionales o a políticas financieras que destruyeron la propiedad agraria tradicional. Me explico. La Reforma Agraria tuvo en muchas partes un carácter más simbólico que real. Esa fuerza simbólica produjo a menudo movilizaciones y despertares campesinos, o sea cambios más en las conciencias campesinas que en la realidad de sus vidas.

La “desubordinación del campesinado” fue un motivo suficiente para que la relación entre producción agraria y poder rural se fuera al traste. Esa ruptura dio origen a un inmediato proceso de modernización, en el que estamos hoy en día. Los movimientos de población, las aspiraciones crecientes de la gente del campo, los cambios en las costumbres y muchos otros elementos son consecuencia de esa “liberación de las conciencias” del proceso de subordinación tradicional.

El despertar indígena de los ochenta y noventa, en especial en países rurales y de alto grado de tradicionalismo servil como Ecuador, están a nuestro modo de ver, directamente relacionados con este proceso de “desubordinación campesina”. Los indígenas estaban subsumidos en la conciencia de subordinación a que los tenía sometidos el régimen patronal hacendario. Esta sumisión impedía o limitaba el desarrollo autónomo de su conciencia de pertenencia indí-

gena. Los trabajos de Andrés Guerrero, historiador ecuatoriano, acerca de los campesinos de la sierra del Ecuador y en especial de la zona de Cayambé, muestran con claridad lo que aquí estamos señalando. Los “concertajes de indios”, que operaron simbólicamente hasta hace pocas décadas, poseían la fuerza cultural de la subordinación. Una vez que el “concierto” se suprimió, quedó liberada la conciencia para sentirse “indio”, solamente “indio”. De allí a la organización y la búsqueda de nuevas identidades hay un breve paso. Son impensables los actuales movimientos indígenas e indigenistas latinoamericanos, si no se hubiese terminado la subordinación del trabajo, las condiciones del trabajo servil que imperaban en la agricultura latinoamericana hasta antes de las reformas agrarias.

Las políticas de ajuste estructural de los años ochenta fueron el otro medio, tanto o más importante que las reformas agrarias, en la transformación del campo latinoamericano. La agricultura se “destradicionalizó” por no ser ya más rentable. Los terratenientes no eran ya el poder en la sociedad, habían pasado por demoledores procesos político culturales. Ése fue el motivo por el cual no tuvieron más la capacidad de mantener funcionando tierras improductivas, y debieron venderlas a nuevos propietarios; las tuvieron que subdividir y finalmente ellos mismos, o muchas veces sus hijos u otros, las tuvieron que poner en producción para los mercados externos. Las tierras marginales han caído en algunos países en manos de empresas forestales o de compañías ganaderas, por lo general Sociedades Anónimas. Hay bolsones de propiedad latifundiaria tradicional, pero son solamente los vestigios del pasado.

Estudiar hoy día la agricultura latinoamericana conduce al análisis de “empresas agrícolas” competitivas, muchas veces entrelazadas con la agroindustria (integración vertical), sistemas de exportación, adquisición de nuevas tecnologías, mecanización total en ciertas áreas de las actividades agrícolas, relación estrecha con el capital financiero y con el llamado agronegocio.

Ciertamente se produce una diferenciación profunda entre áreas que ingresan en el proceso de exportaciones modernizadoras y otras que se hundan en el pasado hacendario, como una verdadera caricatura de lo que fue relativamente ordenado décadas atrás.

La definición de hacienda sólo es ya válida en términos históricos. La realidad de la agricultura actual, de sus empresas, es exactamente lo contrario a la definición de Wolf y Mintz. Veamos:

a) Se ha roto la relación entre propiedad y poder. Es cierto que existen muchas áreas donde no se ha roto de modo total y siguen existiendo remedos de “señores de horca y cuchillo”; pero los verdaderos “grandes señores y rajadiables” están hoy día más ligados a la droga, la corrupción y otras actividades comerciales ilícitas, que a la mera propiedad de la tierra. No está allí su fuente de poder, aunque tengan propiedades y las muestren.

b) Se ha desplazado el carácter del trabajo subordinado, de la servidumbre al trabajo asalariado. Hay áreas donde aún existen “siervos de la gleba”, de poncho y sombrero en mano que miran al suelo (o piso) cuando el señor les habla o grita. Cada vez, sin embargo, es más difícil encontrar este caricaturesco campesino subordinado; por el contrario, se ha profundizado el trabajo asalariado en todos los niveles. El tema actual en el campo no es el excesivo protectorado al que estaba sometido el siervo que le impedía gozar de su libertad, sino el enorme vacío de la inseguridad, producto de mercados de mano de obra despiadados y no regulados. En esos contextos de inseguridades profundas es donde resurgen las viejas identidades, los sueños utópicos olvidados, las Tempestades en los Andes revisitadas cincuenta años después.

c) En tercer lugar se ha desplazado la característica de “mercados de tamaño reducido” por la búsqueda creciente de mercados globalizados. Las agriculturas latinoamericanas buscan los productos de exportación, no siempre con éxito. La agricultura dinámica está ligada a los mercados externos o sofisticados. Producir trigo en Río de la Plata, maíz en México, arroz en el Guayas y papas en el sur de Chile, conduce al estancamiento, la pobreza y el abandono, salvo las excepciones que siempre se podrán mostrar al incorporar enormes dosis de tecnologías e insumos.

d) Ha cambiado la “ayuda de un pequeño capital” por la relación subordinada y estrecha al capital financiero. Los agricultores de hoy pasan más tiempo en las ventanillas y oficinas del Banco Regional que en los establos o cercos de las siembras. La dosis de capital financiero requerida para la agricultura es equivalente cada vez más a la de las actividades industriales. Esta realidad material del proceso de modernización ha conducido a un cambio profundo en las mentalidades empresariales, obligando a ingresar al sector agrario a personal de mayor sofisticación técnica y profesional. Las antiguas elites agrarias de sombreros alones y abrigados ponchos, dan lugar a empresarios jóvenes con estudios y conocimientos de los mercados financieros.

e) Finalmente, los factores de producción en la agricultura tradicional latinoamericana estaban destinados a “asegurar las ambiciones sociales del propietario”, cuestión que nadie podría decir que es la característica de la agricultura actual. La modernización agrícola ha consistido, principalmente, en hacer de los factores de producción exclusivamente eso, factores de producción. Se miden por sus tasas de productividad y su capacidad de entregar riquezas, de generar ganancias. Vuelvo a señalar que solamente en la agricultura ligada a actividades comerciales legítimas o ilegítimas (principalmente), la propiedad tiene un fin social, de prestigio, de protección, de lujo y recuerdo de poderes rurales pasados. Lo que sustenta la propiedad no es su producción agrícola, sino el comercio o las actividades extraagrícolas a ella ligados. Lamentablemente, esta situación hay que señalarla porque es cada día más generalizada en el campo latinoamericano. Si uno pregunta en cualquier país a quién pertenece una propiedad que

aparece a la vista como un jardín, prontamente se sabrá que proviene de dineros producidos en áreas extrarrurales: en la corrupción cuando es aparentemente legal o en otros ámbitos cuando no lo es tanto, o tantas veces, lamentablemente combinado. Cuando no es así, se trata de una producción en la que se valida el poder rural: en su productividad, en su capacidad organizativa moderna, en su separación total entre el proceso productivo y los procesos sociales colaterales. Las empresas transnacionales productoras de bienes agrícolas no están ligadas directamente al poder local y muchas veces ni siquiera se refieren a él ni lo consideran mayormente.

Este enorme desplazamiento de la temática agraria hacendaria ha cambiado las perspectivas, los temas de interés y, por cierto, las fuentes de la investigación del mundo rural. Sin embargo, estamos en pañales en estos nuevos estudios y tenemos un panorama muy poco definido de lo que es ahora la nueva agricultura latinoamericana.

Del campesinismo a la muerte del campesinado

Eduardo Archetti, argentino, actual profesor de antropología en Oslo, escribía en un famoso artículo de los setenta: “El crecimiento, en los últimos años, de los estudios sobre el campesinado ha sido, en muchos aspectos, producto del importante papel jugado en la lucha de posguerra por su independencia política y desarrollo económico por las naciones con presencia campesina”.¹⁰

Alguien señaló que en los ochenta estábamos en la “década del campesinado”. Si se analizan las revistas de ciencias sociales se podrá ver que el tema está presente en todas partes: habían concluido las reformas agrarias, las economías agrarias estaban transformadas o transformándose y las crisis económicas azotaban a casi todo el continente. En ese contexto surgieron nuevos y efímeros imaginarios acerca de una democratización de las sociedades latinoamericanas a partir de una democratización creciente de la producción agraria y del mundo rural. Allí se encontraba la base imaginada (no siempre señalada explícitamente) de los campesinistas. A este respecto, podríamos jugar con las imágenes históricas subyacentes, en el periodo posterior a la revolución francesa y sobre todo en el de la restauración, sobre el campesinado pequeño productor; esta “pequeña burguesía” sería vista como un factor económico de estabilidad y principalmente político del continente.

Muchos intelectuales vieron en el campesinado latinoamericano una fuerza cultural de estabilidad. Ya no sólo se hablaba del “potencial revolucionario” del campesinado, como en la década de los sesenta, sino de su capacidad de sobre-

¹⁰ E. Archetti, “Una visión general de los estudios sobre el campesinado”, *loc. cit.*, vol. 1, núm. 1, enero-abril, 1978.

ponerse a las crisis, a los mercados con precios a la baja y cambiantes, en suma, a turbulencias económicas y políticas. Las teorías de Chayanov venían por cierto, a mostrar que esa ilusión utópica era teóricamente aceptable y racionalmente posible. Orlando Plaza, en el Perú, compiló, bajo el título de *Agricultura campesina*, diversos estudios sobre la teoría del campesinado, pasando de Chayanov a contribuciones de autores latinoamericanos.¹¹

Se discutía en todos los ámbitos “la cuestión campesina”. Crouch y De Jambry, de Berkeley, decían en 1979:

En los últimos años ha surgido a nivel internacional, un debate sobre el campesinado. Una enumeración de las principales causas que han suscitado el debate bastan para señalar la importancia del mismo: los esfuerzos reformistas implicados en los programas de reforma agraria y desarrollo rural podrían parecer inútiles, si se llegase a la conclusión teórica de que el campesinado está inevitablemente destinado a desaparecer [...] en fin, el debate sobre la descampesinización es importante desde un punto de vista político tanto oficialista como de izquierda.¹²

La cuestión campesina está unida al movimiento neopopulista

El neopopulismo de los ochenta constituyó una corriente importante entre las ideologías latinoamericanas: una de las últimas ideología, utopista vista retrospectivamente, de la izquierda latinoamericana derrotada en los sesenta con sus entusiasmos revolucionarios. Fue liderada por muchos intelectuales y puesta en práctica en el campo a través de miles de organizaciones no gubernamentales, un verdadero partido político masivo que puso en marcha los idearios revividos del populismo anarcodemocrático de los rusos del siglo XIX. La revolución sandinista trató en un momento de ser y fue vista por los elementos no gubernamentales latinoamericanos, como la concreción del neopopulismo campesinista. Ernesto Cardenal, el poeta de Solentiname, podríamos decir hoy en día, que expresó este ideario de manera utópica y singular: todos debemos ser pobres, como los campesinos. Allí se cantaba la misa campesina en la que se decía que Cristo había nacido en “Palacahuina”, de una “madre campesina”. Y así se llenaron los ochenta de imágenes acerca de las posibilidades de revoluciones democráticas, anarcopopulares, libertarias y liberadoras campesinas porque no se encontraba clase obrera ni proletariado por ninguna parte. Las mismas temáticas de fines del siglo XIX resurgieron bajo el síndrome del ecologismo medioambientalista, de la prioridad de la “economía doméstica”, del poder fascinante de los “gobiernos locales”, de las tecnologías apropiadas, sencillas, de la auto-

¹¹ Orlando Plaza (comp.), *Agricultura campesina*, Desco, Lima, 1980.

¹² Luis Crouch y Alain de Janvry, “El debate sobre el campesinado: teoría y significación política”, *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 2, núm. 3, 1979, p. 282.

subsistencia como medio y como fin: comunidades utopistas de campesinos y campesinas donde se viviría la democracia absoluta. La lectura de los miles de folletos, newsletters, boletines, volantes, publicaciones para la educación popular, constituye la “Biblioteca del neopopulismo” latinoamericano de los ochenta. Allí se reunió un material simbólico que veía en el desarrollo de las conciencias la base de la ruptura con el pasado.

Hoy debemos pensar que los populismos surgen, casi siempre, de las derrotas de las clases trabajadoras o de procesos revolucionarios estatistas. En la América Latina de los ochenta no fue diferente. Había terminado el periodo de los sesenta, el de los intentos de revoluciones socialistas transformadoras. Las clases trabajadoras o no existían como fruto de los golpes de Estado y los ajustes estructurales, o estaban tan resentidas que se les dificultaba mucho hablar y liderar la opinión. Las utopías se trasladaron al campo, al campesinado.

Nadie criticó estas tesis. Quizá nadie incluso ha hablado con la voz muy alta sobre lo que ocurrió con este movimiento neopopulista. Las grandes centrales de educación popular que se construyeron en esos años, están hoy por lo general vacías, desocupadas o sufriendo problemas de financiamiento. La educación popular que congregó a cientos o miles de jóvenes intelectuales pasó de moda, perdió su encanto rupturista. La expectativa imaginada sobre el campesinado también se frustró. Se desarmaron las grandes centrales de campesinos, sus organizaciones, y donde había campesinos comenzó a haber indígenas, donde había comunidades de autosubsistencia comenzaron a aparecer microempresas, donde hubo cooperativas se inició la privatización de la tierra.

El campesinado fue arrasado por la marea neoliberal. Los neopopulistas de antes se reciclaron con las nuevas ideas y muchos de ellos adujeron “el cambio de los tiempos” para incorporarse a los nuevos procesos democratizadores de fines de los ochenta. Podemos ver esclarecidas plumas populistas de antaño en cargos de importancia gubernamental, no siempre defendiendo las mismas ideas que los llevaron a caminar por los polvorientos caminos del imaginario campesinista.

La “muerte del campesinado” comenzó a presidir las temáticas de la década del fin de siglo. La arremetida del sistema económico de mercado, de los instrumentos financiero-bancarios, ha llevado a la concentración de las tierras nuevamente, al despojo de los campesinos, de las tierras, siendo el caso mexicano sin duda el más importante y significativo. Cualquier lector enterado de lo que estamos aquí relatando, podrá reconstruir la historia reciente del neopopulismo en México. Los grandes autores de la reconstrucción del imaginario campesino han sido, en muchos casos los grandes procreadores de la privatización de las tierras ejidales. Arturo Warman en ese hermoso libro *Y venimos a contradecir...*

¹³ Arturo Warman, “*Y venimos a contradecir...*” *Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, México, 1976 (SepSetentas).

Los campesinos de Morelos y el Estado nacional,¹³ encarna uno de estos desplazamientos de los temas agrarios campesinos. En ese extraordinario trabajo de hace veinte años, los campesinos aparecen como la esencia del alma nacional mexicana. Ellos son los que, en sus silencios, conservan el espíritu profundo de la mexicanidad:

Esta memoria prodigiosa no es gratuita dice: Para la gente de Oriente, el pasado es lección, enseñanza válida para enfrentarse al presente, arsenal de estrategias para la supervivencia. El pasado también arraiga al campesino y lo distingue, lo liga con la tierra y sus secretos. La gente sabe para qué servía su territorio y quiénes y cómo lo hacían fructificar. También sabe lo que fue suyo, lo que perdió por el despojo y lo que recobró en la lucha.¹⁴

Ese verdadero manifiesto del neopopulismo campesinista permitía radicar el fundamento de la memoria histórica de un pueblo en sus campesinos. Rafael Baraona en un artículo acerca del “conocimiento campesino” define a este sector de la población por su capacidad de “echar mano de un ‘corpus’ de conocimientos que le permiten enfrentar la sobrevivencia”.¹⁵ La identidad latinoamericana de los años ochenta residía en los campesinos: fueron el último baluarte de identidad. Los neopopulistas se dividieron entre los derrotados y los pertinaces. Los “derrotados” (o derrotistas) observaron posiblemente que las ideas anteriores, las del neopopulismo, eran solamente imaginaciones voluntaristas de un mundo que estaba destinado a desaparecer. Los “pertinaces” posiblemente vieron lo mismo, pero se condolieron de la “muerte del campesinado”. Decidieron, y entre ellos me encuentro y conscientemente me incluyo a mucha honra, acompañarlo hasta el mismo día de su funeral. La “muerte del campesinado” dividirá en los noventa a quienes tratan de encontrar salidas neoliberales intermedias y a quienes, pertinaces, se empeñan por defender sus últimos fueros.

De los siervos del campo a los temporeros

El tercer desplazamiento se ha producido en la vida cotidiana de las personas, hombres y mujeres, que viven en el campo o que trabajan en la agricultura. Los cambios de estructura a que nos hemos referido en los dos desplazamientos anteriores, han tenido como consecuencia un cambio violento en los sistemas de trabajo.

Siempre ha habido migraciones. En *Mamita Yunai* viajaban los campesinos de las alturas de Centro América a la costa de la United Fruit a cosechar el banano y los productos tropicales para la exportación. Francisco Delich analizó las migra-

¹⁴ *Ibid.*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, p. 11.

¹⁵ Gonzalo Tapia Soko, *Campesinado y educación campesina*, Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación. Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1986.

ciones de campesinos bolivianos a la zafra de Tucumán en Argentina. Los “golondrinas” bajaban año con año al valle del Jequetepeque en el norte del Perú y fueron analizados a lo largo de 100 años de historia por Manuel Burga. Sería por tanto una ignorancia supina pretender que el trabajo de temporada es nuevo en América Latina. En Chile, lo que caracterizaba al mundo rural del siglo XIX eran las grandes masas de “afuerinos, torrantes y linjeras” que deambulaban por el campo: la peonada. En la Argentina triguera del siglo pasado las migraciones de temporada fueron transoceánicas. Los italianos viajaban a cosechar los trigales de las “pampas chatas”, que por ello se fueron denominando la “pampa gringa”. Volvían a su tierra, aunque parezca extraño. Algunos se quedaban, poco a poco al comienzo y después cada vez más. Siempre hubo migraciones temporales y migrantes de temporada.

¿Qué distingue al actual mundo de los temporeros latinoamericanos de los de antes? ¿O simplemente, son los mismos, modernizados sólo superficialmente?, ¿Sigue siendo para los campesinos latinoamericanos “el mundo ancho y ajeno,” como siempre?

No me atrevería a afirmar contundentemente una respuesta. Hay enormes procesos de continuidad, pero el deambular ha cambiado. Ya no son las carretas de antes, los trenes cargados de trabajadores que van a las cosechas. Ahora viajan en autobuses, en algunos casos “buses climatizados”. Muchas veces, los barracones de los “cosecheros” son los mismos donde se alojaban sus abuelos. En el centro de Chile, antes viajaba la “gente de la costa” a los valles a recoger cereales y hoy día viajan sus nietos a recoger manzanas y uvas. En México ha cambiado el maíz por la frutilla y, en la costa peruana, el algodón ha sido reemplazado por otros productos de mayor valor. El hecho de descolgarse por lo general de los cerros, donde viven a menudo los campesinos, y “bajar a trabajar” a los valles, sigue existiendo como antes. La vida azarosa, la aventura de lo desconocido, el imaginario de ganar dinero y volver a la casa con lo necesario para pasar el año, sigue siendo común a miles y miles de personas en América Latina.

Hay sin embargo, un cambio y es un cambio profundo. Las migraciones temporales de antaño se daban en un contexto de subordinación de la vida al trabajo campesino tradicional. Esa subordinación se llamó de diversos modos: peonaje, concierto o concertaje, inquilinaje, huasipungo, terrajeros, en fin, siervos de la gleba, siervos de la tierra. Sistemas tradicionales de trabajo y subordinación presidían el campo latinoamericano de hace 30 años. Medierías o medianerías, yanaconajes o yanaconas, aparceros y aparcerías de todo tipo, orden y concierto. Una clasificación de estas formas de subordinación basada en las rentas en trabajo o en productos, era y es imposible de realizar. La costumbre establecía en cada situación, lugar, valle, área rural, una manera diferente de relación entre los poderosos locales y los siervos. Las relaciones sociales estaban presididas por la servidumbre.

La servidumbre ha sido abolida en la práctica, en las últimas décadas, en el campo latinoamericano. Es la consecuencia del fin de las haciendas. Los campesinos quedaron librados a las relaciones de trabajo asalariadas y a las fuerzas del mercado de trabajo. No existió más la relación extralaboral entre señores y siervos. Se mantienen remedos de ella en las relaciones políticas de cacicazgo que aún se mantienen en muchas partes de este mundo rural. Pero debemos convenir en que ha cambiado radicalmente el contexto social en que se desenvolvía la vida de los campesinos.

La migración temporal ha dejado de ser en este contexto un complemento de la vida social subordinada de la comunidad o hacienda, como lo era antes, y ha comenzado a ser la única fuente de recursos e ingresos de la familia ex campesina. Surgen áreas enormes donde los ex campesinos se desplazan, organizan caseríos en los bordes de los caminos, campamentos de todo orden donde esperan ser enganchados para las cosechas. Boias frías o sin tierras se les dice en Brasil y constituyen el caso más importante de situación posthacendaria en América Latina. Villorrios rurales, campamentos, barrios, aldeas rurales, y todas las denominaciones posibles, expresan esta nueva situación de la población expulsada del campo a los bordes de las ciudades, pero que sigue relacionada por el trabajo con la agricultura. Son masas de personas y familias rearticuladas a la vida urbano-rural de los tiempos de la televisión, de la comida en lata, de las papas fritas y la Coca Cola en la mochila de trabajo.

El cambio significa precariedad y vulnerabilidad. La subordinación servil significaba dependencia, falta de libertad, sometimiento de la voluntad. La relación sin embargo, entre señor y peón establecía no obstante, un lazo de seguridades dependientes. Subordinación ascética la hemos llamado en algún momento. Gracias a la subordinación el siervo lograba la seguridad. Hoy por hoy ello ha cambiado profundamente. La libertad alcanzada se ha transformado en precariedad de vida, en incertidumbre permanente acerca de qué se va a comer al día siguiente. Son poblaciones que cifran su reproducción en la suerte de obtener trabajo en los momentos de las cosechas, y que deben esperar el resto del tiempo en condiciones de cesantía hasta el inicio de un nuevo período. Mano de obra barata, “ejército de reserva”, masas de marginales, “trabajadores migrantes”, pobres del campo, en fin, reservorio de mano de obra para las faenas agrícolas de la moderna agricultura latinoamericana.

De campesinos a indígenas

Los años sesenta fueron de movimientos campesinos. Aníbal Quijano Obregón, peruano, conocedor del mundo agrario de su país, escribiría un famoso artículo imbuido de entusiasmo por el movimiento trotskista de la Convención y Lares,

dirigido por Hugo Blanco.¹⁶ Es un gran artículo. Releerlo hoy día, con agradecimiento por este trabajo, muestra un optimismo acerca del cambio que se estaba produciendo en la conciencia de los campesinos latinoamericanos. Era un cambio que iba desde la conciencia falsa de quienes vivían subsumidos en el mundo de la subordinación rural, hasta quienes iban poco a poco adoptando una identidad de clase explotada. Leído con palabras de hoy, entonces se perfilaba una transformación de las conciencias desde la campesinidad a la proletareidad. La falsa conciencia del campesinado iba siendo poco a poco abandonada y adoptándose la conciencia objetiva de los trabajadores. Muchos observamos el campo y los campesinos con esa mirada clasista. Las centrales campesinas se dividieron entre las “clasistas” y las no clasistas, entre las que eran o no comandadas por los obreros de la ciudad y del campo.

Y el indio, ¿dónde estuvo?, podríamos decir con el poeta de las alturas de Machu Pichu. Los movimientos campesinos sepultaron la etnicidad del indio. Eran movimientos de personas que probablemente pertenecían en forma individual a alguna etnia, pero que no lo expresaban en su discurso, como la Anuc de Colombia, la Cesos del Ecuador, las organizaciones sindicales campesinas de Bolivia y tantas otras. En todas ellas se hablaba un castellano enrevesado, muchas veces se empleaba el “idioma campesino” y los atuendos eran el poncho y las chupallas tradicionales de la “gente de campo”: lo indio estaba oculto tras lo campesino.

¿Cómo ocurrió este despertar de los indios en la América Latina de fines de los ochenta? ¿Cómo se explica la transformación de los campesinos en indios?¹⁷

Una hipótesis

Puede haber varias hipótesis, pero nos parece que se produjo una doble coyuntura en el comienzo de los años noventa que permitió la “emergencia indígena” en América Latina. Es una hipótesis tentativa:

Primero: El fin de las reformas agrarias y las políticas de “ajuste estructural” condujeron a la “derrota del movimiento campesino tradicional”. Los campesinos organizados siguieron la ruta y el destino de los movimientos obreros. Sucumbieron en los setenta con todo lo que fue sucumbiendo en América Latina: el Estado nacional popular que les había dado un colchón de soporte, un canal de

¹⁶ Aníbal Quijano, “Movimientos campesinos en América Latina” en Lipset y Solari, *Elites y cambio en América Latina*, Eudeba, Buenos Aires, 1967.

¹⁷ Hay un famoso libro publicado en el Instituto de Estudios Peruanos en los setenta que se denomina *De indio a campesino*. Su autora es la antropóloga norteamericana Karen Spalding. *De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*, Lima, 1974. Hay que tener en cuenta que, en el Perú, es donde menos se han dado hasta el día de hoy, en la década de los noventa, los movimientos indigenistas de raigambre etnicista “pura”. La campesinización del indio ha sido un fenómeno de

participación, un papel en la sociedad, se quebró. Las organizaciones obreras y obrero-campesinas se desmantelaron. La gente del campo no creyó más en ellos.

El discurso cambió. Se planteó en un terreno cultural y no económico-social. Ya no se habló más de “recuperar las tierras”, de “muerte al latifundio”, sino de recuperar la cultura perdida. No se miró hacia adelante, sino que se tornó la cabeza hacia atrás. El campesino se replegó en su condición de indio.

Lo indio en América Latina apela a la mala conciencia de los conquistadores. Es por ello una conducta de defensa contra la cual los herederos de la conquista difícilmente actúan: produce un sentimiento de vergüenza el que los indígenas se encuentren en tal estado. Más aún, un ataque a esas personas tan desvalidas aparece a la faz del público como impropio. El poder sólo debe hacer discursos de conmiseración con el indio.

Segundo: Los tiempos cambiaron. El conflicto clasista internacional, entre el imaginario socialista, deteriorado y todo, de la clase obrera en el poder y el capitalismo burgués, se desplomó. Los conflictos sociales locales ya no hacían ni hacen referencia directa e inmediata al choque de los bloques del Este y Occidente. Ser indio es poner las cosas en otro plano, un juego en cancha diferente.

Haremos una alegoría comparativa. Si Chiapas hubiese sido levantada con las banderas del campesinado clasista en plena “guerra fría”, el zapatismo hubiese sido “barrido” por fuerzas antiinsurgentes internacionales. El carácter “indio” del conflicto, lo ha puesto en una extraña situación de semivulnerabilidad, en unos años noventa confusos, en que no se sabe muy bien de dónde vienen los enemigos y quiénes son los amigos.

Tercero: No cabe duda que frente a tantas crisis de certeza, lo indio ha vuelto a surgir rodeado del clima adecuado de romances y esperanzas antiguas. La muerte de los campesinos dio lugar a la vida de lo indígena.

La afirmación étnica ha vuelto a iluminar el imaginario colectivo latinoamericano con una nueva utopía. “Utopía arcaica”, la ha llamado recientemente Mario Vargas Llosa, con su poderoso manejo del lenguaje castellano, dado que “utopía” parecía por definición un mensaje “hacia adelante”. El carácter “arcaico” de esa utopía es lo más cuestionable de la crítica de Vargas Llosa a José María Arguedas.¹⁸

Lo que no percibe Vargas Llosa en su crítica a Arguedas del indigenismo y el neoindigenismo actual, es que toda utopía, para ser fuerte, requiere tomar el aliento del pasado para saltar hacia el futuro. La emergencia india de los noventa en América Latina es precisamente utópica en este sentido. Utiliza el pasado a su amaño: mira en el pasado lo que le interesa; hace un particular “uso de la historia” y con ello propone un horizonte utópico, no sólo para los propios indíge-

“muy larga duración”. Habría que analizar cómo comienza en América la reversión de los procesos de descubrimiento del indio, y habría que maravillarse de cómo ese “revival” ha sido tan rápido y masivo.

¹⁸ Vargas Llosa, *op. cit.*

nas, sino para la totalidad de los países y sociedades continentales: sociedades multiculturales, pluralistas, diversas en su composición fundante. Es un cuestionamiento a las bases culturales de los estados criollos, homogéneos y homogeneizantes, formados en una noción unívoca de “pueblo”.

Se repite hoy en día, la misma afirmación reiterada en la historia latinoamericana: ¿Cuál es el fundamento de nuestra identidad? ¿Qué es lo propio de nuestro globalizado y vapuleado continente?

Ya no sirve hablar del mestizaje latinoamericano como la fuente de la esencialidad de nuestras sociedades. Darcy Ribeiro, el antropólogo brasileño, grita a voz en cuello con su gracia excepcional, que América, “crisol de todas las razas”, no tiene imaginario en la actualidad. La raza cósmica de Vasconcelos es más bien una antigualla. La clase obrera fue un imaginario que América siguió años después con especial entusiasmo. Muchos latinoamericanos vieron en los “obreros infinitos”, la esencialidad moderna del continente. Neruda, siguiendo ideas generales de la época, ve en los indios indómitos el antecedente del proletariado. Los indios nerudianos son una forma de protoproletariado. Machu Pichu es la arqueología de la explotación. Frente a tantas decepciones de una y otra banda, volvemos a las raíces, a las viejas banderas de la comunidad imaginada, arcaica, atávica de nuestras confusas cotidianidades.

El resurgimiento de lo indígena se encuentra, a nuestro modo de ver, en este contexto de falta de sentidos en la acción social. Los indios aparecen ante los ojos de los seres humanos de fin del siglo XX, como los resistentes del tiempo perenne. Para los latinoamericanos son su esencia profunda que se pierde en la globalización de sus economías y consumos.

Los campesinos dejaron inteligentemente de ser campesinos y se volvieron indígenas nuevamente. Ha sido una transformación de una gran brillantez: dejaron de ser una rémora del pasado, pobres y subsistentes, enterrados en el barro y detrás del arado de palo, para pasar a reconvertirse en una de las partes centrales del imaginario colectivo. El movimiento indígena ecuatoriano que al comenzar los años noventa paró el país, es quizá el mayor ejemplo de lo que estamos diciendo. La Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CANAIE), formada por profesionales indígenas de amplia cultura universitaria, levantó un programa político-cultural que es capaz de resituar la acción popular del Ecuador. Durante casi un mes, los ex campesinos y ahora indígenas, tomaron las iglesias de Quito, cortaron las carreteras, se movilizaron exigiéndole a la sociedad criolla el reconocimiento de la existencia de los indios. 500 años de resistencia, se dijo. ¿Qué cierto y falso hay en esa afirmación? Han sido sin duda 500 años de vivir y aguantar; se ha resistido como muchas cosas, no siempre como indio, es bueno saberlo y decirlo. Pero la sociedad criolla ecuatoriana, temió; pensó que no había pasado la historia; que los Benalcázares habían venido de sobra, que no habían logrado conquistar a nadie y que, después de tantos avatares, volvían a salir los mismos con las mismas reivindicaciones: ¡¡Somos indios!!...

No es fácil predeterminar cómo se procesará esta reindianización de América Latina. Las ciudades se han llenado de indios. Antes había pobladores, criollos, mestizos, zambos, paisanos, gente del campo y tantos otros. Hoy existen barrios de indios donde se habla el idioma ancestral; las radios emiten programas en lenguajes indígenas y se instituyen programas de educación intercultural bilingüe. Estamos presenciando un cambio muy profundo.

El mundo agrario ha cambiado con la aparición de lo étnico. Hay áreas agrícolas que hoy por hoy valen más por su valor simbólico que por su valor productivo. Son lugares donde la contradicción se ha desplazado de la economía al control simbólico de los espacios. La discusión en torno a los “resguardos de indios” en la Constitución de Colombia, es un buen ejemplo de ello. La Constitución aprobada en medio de convulsiones bien conocidas, determinó que la vieja institución de los “resguardos” fuese modernizada y transformada en una forma de espacios islotes en el territorio colombiano: el lugar donde viven los indígenas. Se han constituido enormes resguardos (el Tupumayo, por ejemplo) donde el valor resguardado son los indígenas y su cultura, y no las potenciales riquezas que allí hay, que sin duda son muchas.

Al hablar de la agricultura latinoamericana de los años noventa no podemos menos que mencionar esta dimensión peculiar. Hay áreas que valen por su valor simbólico, por ser residencias ancestrales de indígenas; su potencialidad agrícola está mediatizada por esta capacidad de otorgar significado. Es bien cierto que el bien máspreciado de los seres humanos hoy por hoy, es la de otorgarle significado a las cosas.

De campesinos a campesinas

La utopía arcaica ha puesto lo étnico en la sociedad rural y ha permitido desde allí el surgimiento de una nueva-vieja fuerza de las ideas; pero esta fuerza viene transformada, modernizada radicalmente. Los nuevos planteamientos que provienen del campo traen consigo el germen de la crítica a las relaciones machistas y patriarcales que constituían la base y el fundamento de esa sociedad.

No se habló de la mujer campesina durante la Reforma Agraria, se habló en general de campesinos. Los movimientos campesinos fueron de campesinos en general. Aunque participaban mujeres, y muchas por cierto, este elemento genérico predominaba: eran campesinos. El campesinismo también era de familias y de comunidades campesinas.

Tenuemente, sutilmente, con precaución y extrañeza, comenzaron a ingresar las ideas de género en el campo. Parecía el último bastión del patriarcalismo latinoamericano, la fortaleza masculina por predefinición. Como todos los procesos que se disuelven en el aire, éste también se fue rápidamente conflictuando, y las analistas vieron en esta dimensión una realidad insospechada. El campo y la

agricultura se desdoblaba en dos. Por un lado la perspectiva de los campesinos y trabajadores hombres y por otro, la de las campesinas y trabajadoras mujeres. Las reivindicaciones de ambas partes aparecieron diferentes. Nos dimos cuenta que era muy distinto si una encuesta o entrevista se le hacía al dueño de casa o a la dueña de casa. Ha sido un cambio epistemológico profundo, una mirada duplicada del campo, una bidimensionalidad que no se percibía anteriormente.

Pero como lo hemos venido siguiendo en estas líneas, hay una relación permanente entre lo que se observa y lo que ocurre. Nadie puede saber a ciencia cierta si primero es la crítica y luego la realidad que reaccionan, o es que existían bases evidentes y que la teoría no es otra cosa que una expresión de ello. Es cierto que los primeros estudios “sobre la mujer rural”, hablaron con timidez de la existencia de mujeres en el campo que realizaban actividades económicas independientes, que trabajaban tanto o más que los hombres, en fin, que se trataba de un sector negado, no observado, pero existente. La mera insinuación de su existencia condujo a revelar la existencia de organizaciones de mujeres, de grupos de mujeres y movimientos en los que éstas reivindicaban su posición y derechos. Los movimientos campesinos e indígenas de la segunda mitad de los ochenta, se transformaron poco a poco en movimientos de campesinos y campesinas, en organizaciones de hombres y mujeres indígenas. La discusión se transformó en realidad y se retroalimentó así como el debate.

Quizá lo que más ha marcado este cambio cultural ha sido la aparición de los liderazgos femeninos modernos. Contribuyeron a este conocimiento las historias de vida de Rigoberta Menchú, Domitila de Bolivia, y muchas otras mujeres que tomaron en sus manos las banderas populares. Hoy en día, la mayoría de los movimientos sociales indígenas y rurales tienen entre sus líderes a destacadas mujeres.

La utopía indígena dominante en la mirada actual del campo latinoamericano, en su aspecto cultural, se entrelaza con la crítica al patriarcado. Aparece en el imaginario reconstruido de lo indígena, la idea de complementariedad, de integralidad y balance entre las partes. Los seres humanos, señalan las reelaboraciones indígenas del neoindigenismo, se complementan a sí mismos unos con otros. Todas las cosas van de a pares, así como lo alto y lo bajo, lo masculino y lo femenino, en una lectura no patriarcal de las reciprocidades ancestrales del mundo indígena; eres macho y hembra en la naturaleza y en la vida social. El mundo andino discute con pasión esta nueva teoría en medio de su Pachacutec, su renacer como cultura en el fin de los tiempos. La Pacha, tierra generatriz ancestral, es bisexual, madre y padre y genera cerros machos y cerros hembras, soles y lunas, pares y parejas que se van entrelazando en el balance y el equilibrio necesario. Nadie podrá decir si esta manera de comprender la idea postmoderna de igualdad entre los sexos y de la construcción libre de las características de género de las personas tiene una base etnohistórica suficiente; pero nadie tampoco podrá decir que la explicación es poco atractiva.

COMENTARIO FINAL

Una vez más vemos que del campo, del mundo agrario, de lo no urbano surge la fuerza de los significados en América Latina. El poder y los negocios son, por definición, urbanos; pero no es desde las ciudades de donde surgen los sentidos. Las ciudades provocan el imaginario hacia la libertad, hacia la realización personal, pero no han logrado, con excepciones muy determinadas (Buenos Aires quizá), apelar al mundo oscuro y silencioso de los significados.

América Latina ha buscado a lo largo de su historia, el sentido de lo que ocurre, en la profundidad de su territorio. En el México profundo, Guillermo Bonfill Batalla descubre las claves no sólo de los mundos marginados, sino las llaves que permiten abrir o cerrar las puertas de la totalidad de la cultura mexicana. La profundidad se refiere a raíz, por una parte, pero por otra mucho más importante, se refiere a sentido.

No sería arriesgado decir que, en nuestros países latinoamericanos, la cuestión de las identidades individuales y de “la identidad nacional” es un interrogante traumático, y más aún en estos tiempos de globalizaciones en que nadie sabe a ciencia cierta, cuáles son las consecuencias de la apertura a los mercados externos, a las comunicaciones, a las nuevas pautas de consumo, a la globalización de las experiencias personales. Sufrimos el mal de la “falta de identidad”.

En ese contexto es donde ocurren los desplazamientos que hemos tratado de graficar en este artículo. La hacienda y los sistemas de dominación fueron los que, en su momento, dieron sentido a las sociedades rurales y, en muchos casos, fueron espacios matrices para el surgimiento de la sociabilidad, la integración social y la rebeldía. Las haciendas periclitaron y con ellas los sistemas de dominación y subordinación. Las personas fueron quedando libres ante el mercado.

La libertad de los individuos ante el mercado provoca satisfacción y espanto: satisfacción porque se ha perdido la subordinación represiva de las vidas dependientes de un patrón; espanto por el temor de no saber si se tendrá algo para comer al día siguiente. En ese contexto de libertad y temor es donde aparecen las nuevas versiones de renacimiento del campesino, del indio, de la mujer campesina diferenciada del hombre campesino. La libertad de los temporeros se sustenta, se apoya en la vuelta a imaginarios indígenas, en la reconstrucción de los Tawantinsuyos perdidos, en las autonomías territoriales, en el autogobierno en el interior de Estados desprestigiados, en los liderazgos que ponen la cultura como el eje central de la significación.

Extrañamente, al hablar de agricultura, hemos llegado a este punto: por una parte la agricultura es fuente de riqueza, un sector de la economía, un ámbito de circulación del capital. Pero por otro, y en ello nos hemos detenido, es una fuente de producción de sentidos para el conjunto de la sociedad y, quizá también, para el Estado. Analizar la agricultura de hoy día en América Latina, exige analizar el mundo rural. La producción de las empresas va acompañada del significado

que los seres humanos le otorgan a esa actividad, a sus vidas humildes y poco significativas, a las relaciones que se establecen con el resto de la sociedad. Falta mucho tiempo, sin duda, para que nos demos cuenta de cuáles son los sentidos y las consecuencias de estos desplazamientos.

Agosto de 1998

